

## LOS CUERVOS DE MACEDONIA

Por Gustavo Sánchez

(misionero en Argentina)

“Los siervos del Señor que han respondido al llamamiento, saldrán al campo confiados en Su maestro, quien les ha de dirigir y mantener. Sin el ejercicio constante de fe, no podrán realizar ninguna obra espiritual, y si hay fe para lo espiritual, debe haberla también para lo material. Pero al mismo tiempo hemos de recordar que, si bien el ejercicio de fe y la experiencia de las pruebas refuerzan la vida espiritual del obrero, no le hace ningún bien estar siempre en estrecheces financieras, sufriendo la angustia de la necesidad en cuanto a su familia...; es preciso que todas las iglesias y todos los creyentes sientan su responsabilidad en cuanto al sostén de sus obreros”...

Ernesto Trenchard (*Las iglesias y la obra misionera*)

Los ojos le saltaban por la expectativa; le había confiado a su mentor y maestro sus profundos deseos de salir a la obra, pero un temor a floraba detrás de su feliz ansiedad: ¿De qué voy a vivir? Guillermo Payne tranquilizaba a su discípulo, diciendo que Dios iba a mandar sus cuervos para que su siervo no pase necesidad. Lo hizo con Elías y lo volverá a hacer cada vez. Esto no pareció conformar al joven Nicolás Doorn. Al subir al tren, Nicolás corrió detrás de su maestro preguntándole: “¿Y si no vienen?”. Desde la ventanilla, Guillermo Payne le contestó: “¡Vendrán, los cuervos vendrán...!”.

Así recuerdo haber leído en la biografía que escribiera Ricardo Zandrino del que fuera uno de los misioneros más destacados en la zona de Córdoba y sus alrededores.

Si somos francos, éste es un temor muy frecuente que muchas veces opaca la alegría de sentir el llamado a salir a servir al Señor como misionero.

En la actualidad, podemos ver siervos que han salido a la obra y son sostenidos económicamente por sus iglesias; otros reciben ofrendas de instituciones y agencias misioneras; otros son “apadrinados” por empresas, familias o hermanos; y aun otros reciben un sustento parcial, que ellos complementan con alguna labor rentable, sea un oficio o un negocio, y aun otros se sustentan totalmente con una ocupación que les reditúa una especie de sueldo. En la práctica, el abanico de posibilidades es muy amplio. No sé si todas ellas encuentran respaldo bíblico, pero la realidad en nuestro país es más o menos ésta.

Curiosamente, se ha llegado hasta “ver mal” que los siervos tengan algún medio de vida; hay quienes piensan que para realizar la tarea misionera sólo deberían depender de las ofrendas de los hermanos, alcancen éstas a cubrir sus necesidades o no. Lamentablemente, hemos sido testigos de una especie de verdadera “mendicidad” y hasta de carencias importantes en menesteres básicos. Esta es una asignatura pendiente en muchas planificaciones de estrategias evangelísticas y del cumplimiento de la gran comisión. Es cierto que Dios es fiel y que provee muchas veces de manera milagrosa lo que sus siervos necesitan; muchos misioneros podrían acudir y reportar la provisión para cada menester, PERO ESTA VERDAD NO EXIME A LA IGLESIA DE SU RESPONSABILIDAD DE COMUNIÓN, DE PARTICIPACIÓN EN ESTE SERVICIO. El apóstol Pablo dice que de ninguna cosa tuvo necesidad, que todo lo podía en Cristo que lo fortalecía (Filipenses 4:13), pero el texto continúa..., **sin embargo**, bien hicisteis en participar conmigo en mi tribulación...(en enviarme para mis necesidades) (Filipenses 4:10-14).

Comprendo a los pastores que también tienen temores parecidos. Más de uno me ha confesado que le asusta que alguno de sus jóvenes le “aparezca” con una proposición de esta índole. Generalmente, la primera pregunta que surge es: ¿cómo vamos a sostener a un misionero? El que esto escribe, cuando buscaba consejo para definir su propio llamado a la obra misionera, no dejó de consultar con cuanto misionero tenía cerca para saber cómo había sido la propia experiencia. Encontré un común denominador en las respuestas. Todas apuntaban a confirmar el llamado a través de la oración, la Palabra y la opinión de hombres espirituales. Pero una respuesta discordó de las otras. Fue la de un misionero —inglés de nacimiento, que desarrollaba su ministerio en España—, quien afirmó que su testimonio no podría servir al novato aspirante. “¿Por qué?!” fue la exclamación obligada. Pero lo que siguió fue más misterioso aún: “Lo que ocurre es que yo fui llamado en Inglaterra!”, dijo con total desparpajo. La primera y espontánea reacción fue de disgusto, como se podrán imaginar. Ante la fruncida de ceño del inquisidor, el consultado dijo: “¡Pará, pará!” —me explico—. Un día les conté a mis ancianos un sentimiento, una intención indefinida... ¡y me empujaron a la obra misionera! Yo sé que en tu país no se da de la misma forma. Tradicionalmente estos países se caracterizaron por sostener misioneros en otros lados. Inclusive hoy, sigue siendo de la misma forma. Aun en medio de una generalizada apatía, en un secularismo notable, y algunos países que otrora fueron bastiones de la Reforma, y hoy están en franca decadencia espiritual (testimoniada así por ellos mismos), las iglesias siguen aportando a su responsabilidad misionera”. La anécdota puede resultar un poco dura, pero fue real.

El problema parte de homologar el **llamado** con el **sostén**, pues no son la misma cosa. Esto queda demostrado en el pasaje de Hechos 18; allí leemos: *“Después de estas cosas, Pablo salió de Atenas y fue a Corinto. Y halló a un judío llamado Aquila, natural del Ponto, recién venido de Italia con Priscila, su mujer, por cuanto Claudio había mandado que todos los judíos saliesen de Roma. Fue a ellos, y como eran del mismo oficio, se quedó con ellos, y trabajaban juntos, pues el oficio de ellos era hacer tiendas. Y discutía en la sinagoga todos los días de reposo, y persuadía a judíos y a griegos. Y cuando Silas y Timoteo vinieron de Macedonia, Pablo **estaba entregado** por entero a la predicación de la palabra, testificando a los judíos que Jesús era el Cristo...”*(vv.1-5) .

Este pasaje, generalmente, ha sido mal interpretado; he escuchado versiones que lo entendían de esta manera: como que Pablo, al momento de la llegada de los hermanos de Macedonia, lo sorprendieron trabajando a full, totalmente abocado a la predicación del evangelio. Se podrían sacar aplicaciones muy prácticas para los hermanos que hace tiempo que no vemos, ¡que bueno, podríamos decir, si al visitarlos o sorprenderlos sin aviso, los encontramos abocados al ministerio **todo el tiempo!**. Pero esta hermenéutica dista mucho de ser la real. Lo que este pasaje dice es que Pablo, en Corinto, trabajaba seis días a la semana para sustentarse, y en el día de reposo (el único que tenía libre), aprovechaba para cumplir con su tarea primordial, su vocación, su llamado, que era extender el reino, predicando el evangelio. Lo hacía en la sinagoga, como era su estrategia habitual. Como sabemos, antes de la muerte de Sacco y Vanzetti y los logros socialistas, que consiguieron la jornada laboral de ocho horas, siempre en la historia, el día de trabajo iba desde la salida hasta la entrada del sol, y en especial en los tiempos bíblicos, no había ninguna actividad nocturna (Juan 9:4). Era muy diferente a nuestra realidad actual. En resumen, Pablo trabajaba de sol a sol, seis días y en su día libre, predicaba el evangelio...pero cuando vinieron los hermanos de Macedonia, Pablo **se entregó** por entero a la predicación del evangelio, éste y no otro es el significado del texto.

Sabemos por 2 Corintios 11:8-9 y Filipenses 4:15-18, que los hermanos de Macedonia traían una ofrenda que habían recogido en las iglesias para él (en realidad se trataba de dos ofrendas que en sendos viajes acercaron al apóstol). Esto permitió a Pablo desprenderse de su necesidad de procurarse el sustento material, y abocarse por entero (full time, diríamos hoy) a lo que era su principal oficio, o sea ser misionero. Hace notar Matthew Henry: “Aunque tenía derecho a ser mantenido por las iglesias que había plantado (1 Corintios 9:3-15), se ganaba el pan con el sudor de

su frente (y los callos en sus manos), lo cual es tanto mayor gloria para él, como es mayor vergüenza para quienes deberían haberle tenido mayor consideración.

La pregunta del millón es: ¿cuándo era misionero? ¿Antes de la ofrenda, o sólo después? La respuesta es obvia, ¿verdad? era misionero desde antes. Su llamado no dependía de que le ofrendaran: si tenía que trabajar haciendo tiendas, predicaba los sábados; si tenía sustento, todos los días. Pero el que fuera misionero no dependía de tener sostén; podría ser menos efectiva su labor, eso es verdad, **pero la vocación y el llamado no pasa por el aspecto económico.**

El siglo 21, y en especial situarnos viviendo en estas tierras tan golpeadas y espoleadas por el imperialismo internacional, nos demanda nuevas estrategias para hacer la obra. Esto no exime desde luego la obligación de ofrendar de cada hermano y cada iglesia para la obra misionera. Sería excelente que todos nuestros misioneros tuvieran todo lo necesario para vivir dignamente, y esto fuera provisto por los hermanos, por las iglesias. Así debería ser. A pesar de cualquier entorno y cualquier realidad, aun la más adversa. Los de Macedonia rogaron participar de este servicio, aunque eran muy pobres (2 Corintios 8.1-5). Habían comprendido que ofrendar era más que una siembra, un privilegio; era ser partícipe del gran proyecto de alcanzar y transformar el mundo con el mensaje más revolucionario que jamás se haya escuchado. Este escrito no pretende sentar las bases de otra forma que no sea ésta. Pero si la realidad no es así, los misioneros nos vemos impelidos a procurarnos el sustento con un trabajo “secular”. Si la iglesia ha llamado al misionero, éste puede reclamarle a la iglesia la provisión, un sueldo; pero si el que ha llamado es Dios, a él debemos clamar, orar, confiando en su misericordia; si las aves son alimentadas por su generosa mano, ¿cuánto más sus siervos?

Ojalá estas breves reflexiones, casi pensamientos en voz alta, despierten la reflexión, aviven el debate, y contribuya para ser más efectivos, participando todos de la obra misionera; algunos yendo a la línea de frente, a la batalla cuerpo a cuerpo; otros orando, sosteniendo a los siervos como Aarón y Hur los brazos de Moisés ( Éxodo 17:12); y aún otros contribuyendo a la logística y aportando dinero para que los que están en el frente puedan ser más eficaces, despreocupándose por lo menos, de este aspecto. Ser como los que cuidaban el equipaje, en el suceso del torrente de Besor, mientras que los que estaban peleando en el frente, lo hacían sin tener que estar preocupados en esto (1 Samuel 30).

Tomado de la revista “Momento de Decisión”, [www.mdedecision.com.ar](http://www.mdedecision.com.ar)

Usado con permiso

*ObreroFiel.com – Se permite reproducir este material siempre y cuando no se venda.*